

Tiernos garabatos

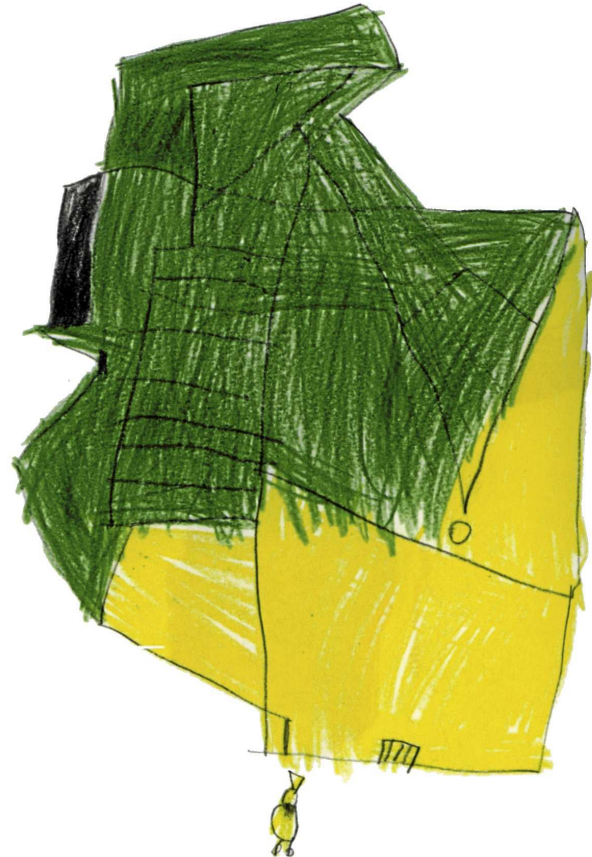
EL GALERISTA MADRILEÑO ANTONIO MACHÓN ANALIZA EL INTERÉS QUE HAN DESPERTADO ENTRE LOS ARTISTAS LOS DIBUJOS INFANTILES

Javier Goñi

No hay que ser un especialista –porque éste es, en principio, un completísimo y documentadísimo ensayo para pedagogos y especialistas– para acercarse, y además disfrutar, a esta obra de Antonio Machón, hombre de arte, que se ha dedicado con tesón pedagógico a la manifestación plástica de los niños desde que son capaces de sostener un lápiz hasta el momento en que entran o se abisman en la adolescencia. Torpes, al principio, tiernos y sorprendentes garabatos en un principio, hasta que descubren –a su modo y a su manera, lo cuenta muy bien Machón– la figuración, una suerte –quizás– de pintura rupestre.

La anécdota, sin comillas, era lugar común atribuida ora a Picasso, ora a Miró: que si el mallorquín pintaba como los niños, que si el malagueño –español universal– se había pasado toda la vida pintando para acabar haciéndolo como los niños, Antonio Machón en su libro cita a Picasso entrecorrido: “Cuando tenía la edad de esos niños podía dibujar como Rafael. Sólo después de muchos años he podido dibujar como estos niños”. Y también recoge las palabras de André Breton, el pope surrealista: “Es verdad que algunos artistas modernos han hecho todo lo posible para reconciliarse con el mundo de la infancia: pienso especialmente en Klee y Miró”.


He dicho ya, pues es obvio, que es éste un libro para pedagogos y especialistas,



Dibujo de David P., en el que representa a un hombre perdido.

pero al profano arriba firmante le han interesado especialmente en primer lugar las páginas introductorias de carácter histórico, enterarse –y Machón lo hace muy bien– de cómo es a mediados del siglo XIX cuando por primera vez empieza a estudiarse lo que –es de suponer– los niños han hecho siempre –supongo si históricamente han tenido estos materiales a mano–, esto es, emborronar un papel, hacer un garabato o, acaso, jugar con un palo y la tierra. Más allá del resumen de las distintas teorías sobre las diversas etapas de aprendizaje artístico de los niños –y

Machón lo cuenta con mucho detalle, tal vez inevitablemente técnico en demasía–, a uno en particular le ha interesado ver lo bien que se ha acercado el autor de este ensayo a los dibujos reales que ha conseguido que los niños –nombre, inicial del apellido, edad: pero ayudantes de carne y hueso– le hagan, o los ha recopilado, para completar, explicar y corroborar sus teorías. Se queja en algún momento de su trabajo de que en el pasado, algún manual de pedagogía artística infantil de prestigio reconocido saliera con copias de cuadros hechos

por niños. Es evidente que de lo que se trata es analizar, en su espontaneidad, aquello que los niños han dejado que fluyera de su interior. Supongo que esos garabatos, esos pintarrajos analizados convenientemente pueden decir mucho –aunque ése evidentemente no sea el tema del libro de Machón, al que me estoy refiriendo– de lo que pasa o se está cocinando en esos cerebros infantiles con neuronas todavía con garantía vigente. Viendo estos garabatos no he podido por menos que recordar otro libro –de intencionalidad obviamente distinta– que tuve la ocasión casual de ojear no hace mucho y en el que se analizaban los dibujos de niños –algo mayores, eran dibujos totalmente figurativos, pero muy interesantes– con familiares –abuelos, claro está– enfermos de Alzheimer. Pienso que al contrario de lo que se hace –se debe hacer– con el arte en general, el de los adultos –no intentar entenderlo, sólo sentirlo tan sólo–, es inevitable intentar, en los dibujos de los niños, analizar aquello que ellos hacen, acaso el por qué. Pero lo importante es que en este completo y detallado ensayo se ha incluido multitud de dibujos, muchos de ellos tiernos, torpes garabatos, otros, en color, son casi de enmarcar. 

Los dibujos de los niños, Antonio Machón, Cátedra, Madrid, 2009. 446 págs., 24 €.

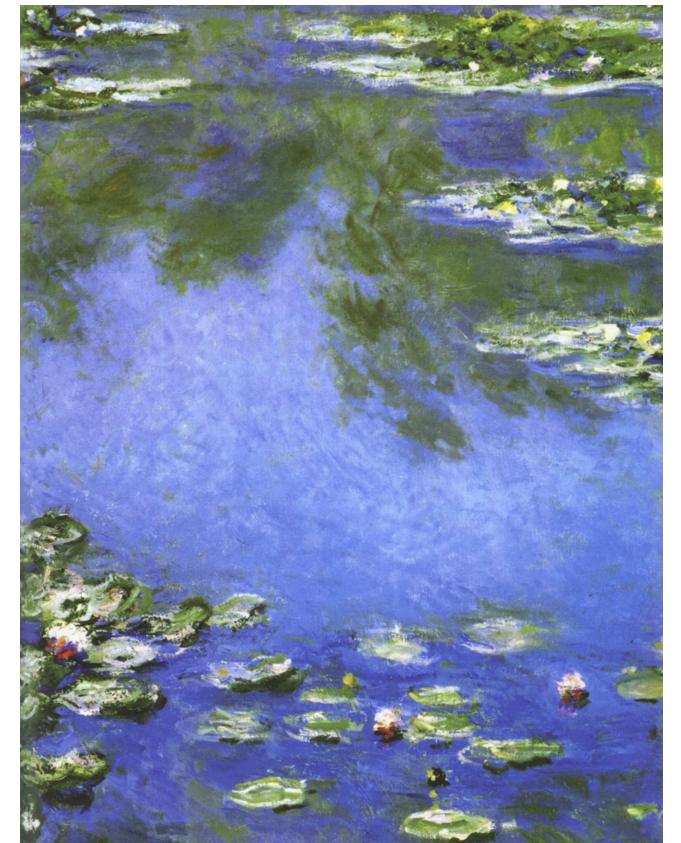
AZUL COMO UNA NARANJA

MICHAEL PASTOUREAU PRESENTA UN PERSONALÍSIMO DICCIONARIO EN EL QUE ANALIZA, DESDE EL PRESENTE, LA HISTORIA DEL COLOR

Oscar Medel


“A la pregunta: ‘¿qué significan las palabras *rojo*, *azul*, *negro*, *blanco*?’”, enseguida podemos mostrar naturalmente cosas de estos colores. Pero nuestra capacidad para explicar el significado de estas palabras no va más allá”, escribió el filósofo Ludwig Wittgenstein. El poeta Paul Éluard intentó –y logró, con una precisión sorprendente– ese “más allá”, en aquel ya mítico verso de *L'Amour, la poésie*: “La tierra es azul como una naranja. No es ningún error las palabras no mienten”, demostrando que, en el surrealismo, los colores se vivían de manera distinta al cubismo. Y, por supuesto, al romanticismo y al arte paleocristiano. La paleta de los pintores, desde Altamira a Klein, ha cambiado a lo largo de la historia (¿de qué color serían los bisontes en el siglo XXI?). Sólo a partir de

un determinado momento el manto de la Virgen se tiñó de azul (¿por que no continuó siendo negro o de alguna tonalidad oscura, como en sus orígenes, hasta la actualidad?), como el agua (casi siempre verde, hasta el siglo XV). El historiador y antropólogo del color Michael Pastoureau responde a todas estas preguntas a través de un personalísimo *Diccionario de los colores*, en el que a partir del empleo del color en la sociedad contemporánea rastrea las prácticas y significados cromáticos en la historia del arte. Obra más recreativa que la *Breve historia de los colores* (editada en colaboración con Dominique Simonnet también en Paidós), y fruto, como la anterior, de quince años de trabajo sobre la materia, en ella Pastoureau presenta un cuadro sinóptico



Nenúfares, de Claude Monet. El agua, en el arte, no siempre fue azul.

de las distintas funciones y significados del color en la cultura occidental actual (desde el color de los alimentos al de los coches), comparándola con otras civilizaciones y períodos del pasado. Las diferentes entradas del *Diccionario* descubren las razones simbólicas, prácticas y económicas de que un color sea considerado más honesto,

puro, frío o cálido que otro, además de ofrecer información curiosa sobre los gustos nacionales de cada país: el azul es el color preferido para más del 50 por ciento de los europeos, excepto los españoles, que prefieren el rojo. 

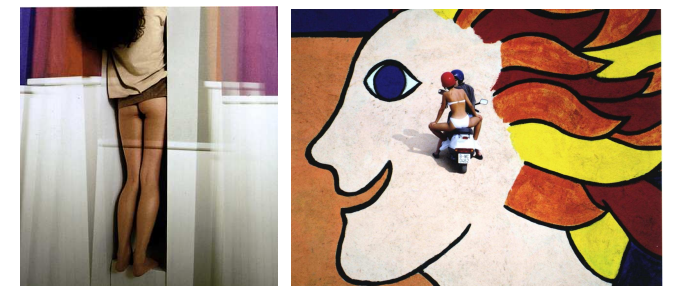
Diccionario de los colores, Michael Pastoureau, Paidós, Barcelona, 2009, 316 págs., 39 €

EL LENGUAJE DE LAS CURVAS

Arturo Arnalte


El mundo de la moda tal como lo conocemos en la actualidad desarrolló sus principales códigos icónicos a partir de los años sesenta. Paisajes sedantes, desnudos femeninos domesticados como reclamo del producto en venta, mucha juventud, pájaros en libertad, olas juguetonas al atardecer, colores pastel y predominio de la curva frente al ángulo. Uno de los grandes creadores de este lenguaje optimista y blando, que sigue siendo el escogido por las grandes firmas de la moda y los

escaparates de los grandes almacenes, es el fotógrafo Sam Haskins. Nacido en 1926 en Sudáfrica, donde comenzó a trabajar, cambió su estudio de Johannesburgo por Londres a finales de los sesenta, en la senda que llevó a muchos blancos liberales a distanciarse de la creciente brutalidad del *apartheid*. La firma Tommy Hilfiger, para la que ha trabajado, acaba de patrocinar *Fashion etcétera*, una antología con cerca de 300 de sus mejores imágenes, en una edición de lujo que arranca de los



Carnival tent y Remember Barcelona, dos instantáneas de Sam Haskins.

primeros pasos del autor en el mundo de la fotografía publicitaria, incursiona en sus reportajes antropológicos en África y hace escala en el Londres de finales de los sesenta. En la siguiente década, Haskins se centró

más en el color y desarrolló un estilo propio de superposición de imágenes. Haskins aún trabaja para las grandes revistas de moda. 

Fashion etcétera, Sam Haskins, Tommy Hilfiger, Hong Kong, 2009, 310 págs., ed. especial.